

Reseña bibliográfica

Juan Antonio Ennis y Stefan Pfänder. 2013. *Lo criollo en cuestión. Filología e historia*. Buenos Aires: Katatay. 240 páginas.

Hernán Pas*

IdIHCS (CONICET-UNLP)

Una desenfadada frase de un anónimo publicista revolucionario aparecida en un periódico de Buenos Aires en 1816 expresa, de modo ejemplar, una de las preocupaciones centrales que atraviesa, ya desde el título, el libro de Ennis y Pfänder: “Nuestra sangre indiana está mezclada con la española: pero este derecho es el que combatimos, y nunca le debemos hacer valer, ni aun presumir que tal existe” (*El Censor*, Buenos Aires, 1816). En ese doble movimiento, que reconoce la bipartición, la bastardía del origen, o “la repetición imposible, desplazada, de un origen perdido” (47), como se lee en la introducción, Ennis y Pfänder encuentran una definición posible de lo criollo, e incluso de la *créolité* como manifestación histórica si se piensa en los fundamentos que sostuvieron el movimiento iniciado por Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant.

Por cierto, tal definición, como muestra la bibliografía que los autores tratan, en absoluto es novedosa. Lo novedoso en todo caso es el objeto que Ennis y Pfänder construyen con *Lo criollo en cuestión*, porque se trata de observar en esa calidad ambivalente –y sumamente productiva– de lo criollo dos “series discontinuas” pero convergentes: de un lado, los discursos sobre la lengua y la tradición en los procesos de constitución de los Estados-nación en Sudamérica; y, del otro, la construcción de un saber especializado en base a la diferencia criolla, diferencia que ofrece –en su misma construcción– la perenne ilusión del origen. En ese cruce, que no lo es solo de series, sino también de perspectivas, *Lo criollo en cuestión* ofrece un recorrido tan riguroso como –en varios sentidos– minucioso sobre uno de los temas más controvertidos en el campo de las disciplinas académicas, el de la filología y sus aledaños, la lingüística, los estudios del lenguaje, la lingüística comparada. Claro que “filología” en el modo en que la piensan Ennis y Pfänder resulta mucho más que un mero campo disciplinario, y mucho menos que el dato duro de su anhelada positividad: *philologia* es, sobre todo, el constructo histórico e ideológico de cierta experticia fiscalizadora, que una figura en particular, la del *philologos*, sabrá usufructuar como ninguna otra en el pasaje de la filosofía prerromántica –p. e. Herder y su *Ensayo sobre el origen del lenguaje* (1772) – a la promisoriosa instalación del “modelo romanístico”, algunos de cuyos nombres –sobre todo germanos, de August Schlegel y Wilhelm Humboldt a Jacob Grimm y August Schleicher–, comenzaron tempranamente a trazar el mapa geocultural de la lingüística comparada. Se trata, en definitiva, como plantea el capítulo que sirve de introducción, de pensar a la filología en su vinculación con la historia, o mejor: pensar la lengua históricamente, lo que suscita una categórica revisión de sus múltiples aspectos contingentes.

Lo criollo en cuestión. Filología e historia reúne una serie de trabajos previamente publicados por ambos autores junto a otros inéditos (particularmente el capítulo que sirve de introducción y el dedicado a Andrés Bello), divididos en tres apartados principales. El primero de ellos plantea “la cuestión” que versa el título, deteniéndose hacia el final en las potencialidades del *melting pot* criollo, es decir en las posibilidades operatorias – transculturadoras, al decir de Ortiz y Rama– de que dispone la condición criolla. Cabe advertir al lector: las casi cincuenta páginas de estos argumentos preliminares resultan un

* Correspondencia con el autor: hernan_pas@yahoo.com.

compendio imprescindible no solo del “estado de la cuestión”, como suele esperarse, sino también de las líneas argumentales directrices que sustenta el libro. Tal vez la principal de ellas, por su certeza analítica y su potencia crítica, radique en la observación de que “La *Ur-Sprache* conjetural, reconstruida a partir de los rasgos de las lenguas que descienden de ella, se establece de la misma forma que el *Ur-Text* de la filología tradicional: su contorno espectral es fijado y traído a la vida por la autoridad del *philologos*” (15). Como mostrara Michel de Certeau a propósito del trabajo historiográfico en esa misma época, el pasado es un monumento que debe ser develado; en consecuencia, la función del *philologos* –una categoría que Juan Ennis desplegó oportunamente en un libro anterior, *Decir la lengua* (2008), resultado de su tesis doctoral– concita, necesariamente, la del historiador: ambos hacen hablar a los espectros. De allí que desde Jules Michelet a Andrés Bello esa función se confunda con la del sacerdocio: en efecto, el *philologos* “es aquel que habla en nombre de una autoridad que lo trasciende, pero erigiéndose en el lugar del único autorizado a traducir su oráculo” (77), como se dice en un pasaje destinado a analizar los postulados de la gramática del caraqueño.

Una de las conjeturas que arroja *Lo criollo en cuestión* permite pensar la historia de la lengua –en América, en Europa, en Occidente– como producto del capitalismo en expansión, por lo tanto perentoriamente determinada por la fragua colonialista y su fruto más excelso, la cultura esclavócrata. Así, de modo similar a como Benedict Anderson pensó el desarrollo de las *Imagined Communities* a partir de algunos fenómenos culturales singularmente experimentados en América, el trabajo de Ennis y Pfänder, apoyado en esto en algunos autores preponderantes como Calvet, Errington y Mignolo, transita, aun implícitamente, una hipótesis paralela: la historia de la lengua solo puede ser comprendida en el contexto de su múltiple determinación histórica, cuyo momento capital no por ventura se halla delimitado por la expansión colonial. Dicho con palabras de sus autores: “El de la lingüística moderna es un saber ligado por la historia más que por la casualidad al desarrollo del colonialismo moderno” (22). Por eso, lo que a Ennis y Pfänder les interesa no es tanto las sincronías conflictivas que acumula su historia –la de la lengua–, sino antes bien el entramado discursivo que otorga finalmente existencia a ese conflicto, es decir: “ver cómo se organiza el régimen de propiedad [en su doble sentido, el de lo apropiado y el de lo patrimonial] en la lengua, porque difícilmente pueda completarse un panorama de la historia de la lengua en América Latina sin tener en cuenta la serie de procesos históricos que instalan el horizonte de la nación monolingüe como proyecto de Estado” (70).

La segunda parte, titulada “la lengua española de los criollos americanos”, se encargará por lo tanto de corroborar distintas instancias de ese proceso. El apartado contiene tres capítulos, dedicados cada uno de ellos a conspicuas figuras del campo letrado en Hispanoamérica: Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Rudolf Lenz. Nunca está de más insistir en la multifacética labor civil realizada por el autor de la *Gramática castellana destinada al uso de los americanos*, sobre todo cuando, como ocurre con *Lo criollo en cuestión*, el horizonte de lectura se beneficia de un amplio repertorio crítico que reorienta, o reelabora, algunas zonas ya transitadas y por ello mismo “fijadas” –lo que no deja de ser una paradoja– hermenéuticamente. En este capítulo no solo se pasa revista a la *Gramática* del caraqueño, a su labor legislativa y a su largo interés por el *Poema de mío Cid* –donde tal vez se hallen más y mejores razones para explicar la operación de reafirmación que realiza Bello con la tradición ibérica–, sino que también despuntan sólidos argumentos para pensar esa función de “sistematizador ideológico” –para el caso del Estado chileno, donde Bello se afincó, como se sabe, a partir de 1830– en cruce con otras zonas menos visitadas de la historiografía política, tales como la construcción de una “esfera pública” o la nueva concepción de ciudadanía. Queda claro, en este sentido, que ley y gramática, como bien se analiza en este capítulo, van inextricablemente unidas.

En el segundo capítulo de este apartado, “Rufino José Cuervo y la muerte del español”, Ennis y Pfänder abordan los debates y polémicas en torno a la lengua de un momento preciso, el de su progresiva –digámoslo así– “autonomización” como objeto de estudio. Si bien la discusión parte de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1872) de Cuervo – discusión en la que Valera ingresará con una destacada obstinación–, podría decirse que de lo que se trata, en el fondo, es de la emergencia de una nueva modalidad de legitimación letrada, aquella que otorga el saber, ahora sí, “científico”, de la filología. De modo que Cuervo vendría a representar una doble instancia en la trayectoria de los debates lingüísticos en Hispanoamérica: de un lado, su “profesionalización” (“nada puede ni podrá apartarme de la independencia científica”, dice Cuervo en el cambio de siglo (108)) estaría indicando un reajuste decisivo frente al carácter programático de antaño (p. e., en Bello); mientras que, de otra parte, la invocada científicidad brindaría una legitimidad novedosa a las tesis criollistas que veían diferencia o desvío y no unicidad de la lengua americana frente a la norma peninsular. Así, Cuervo podrá encarnar, desde una posición autorizada por la ciencia filológica del fin de siglo, la mentada independencia lingüística del romanticismo vernáculo – aquel programa que, justamente, Ángel Rama, una de las fuentes importantes (tal vez demasiado) del libro de Ennis y Pfänder, vería confirmarse con los modernistas de fin de siglo–. Para hacerlo, sin embargo, debía cumplir el rito aprendido en su estancia parisina: convertir al español en espectro, esto es, en lengua muerta o exótica, a la cual poder entonces tratar con la asepsia de un botánico o naturalista.

Si Rufino José Cuervo es uno de los primeros que, en la saga bellista –de la que a su vez se distancia–, se encarga de instituir la “razón filológica” por encima de la razón de Estado, el trabajo de Rudolf Lenz colocará el margen en el centro de esa ponderada razón. En efecto, Lenz fue pionero en incorporar al estudio de la lengua el de las llamadas “culturas subalternas”. Su estadía en Chile fagocitó sin dudas su interés por la lengua mapuche, llamada “araucana” –aunque en esa nominación, como se sabe, ya está inscripta la óptica normativizadora de la razón occidental–. Su libro *Elementos indios en el castellano de Chile*, publicado originalmente en alemán, y reeditado en la década de 1940 por Amado Alonso y Raimundo Lida –reedición que, como se encargan de demostrar Ennis y Pfänder, buscó antes bien difuminar el halo indianista del filólogo alemán bajo la acusación de un vago y pueril impresionismo–, trazó otra instancia poderosa en la discusión de la lengua criolla, reinventando la base empírica de su estudio con elementos del mapudungun determinantes, a juicio de Lenz, para la lengua chilena. Desde ya que, sin dejar de observar la operación restauradora de Alonso y Lida, cabe decir que es sobre todo en el experimento etnológico de Lenz donde se pueden palpar, de modo taxativo, los ecos románticos de su impresionismo voluntarista. El análisis del acercamiento de Lenz, al pasar ocasionalmente por Curazao, al papiamento, demuestra que en él siguen funcionando los elementos de la filología romántica: “su verdad estará –sostienen los autores– en la ‘naturaleza’ de la transcripción fonética de la palabra hablada” (126), es decir en un purismo de otra especie, el purismo de la biología.

La última y tercera parte se ocupa en tres capítulos y un “cierre” de los elementos que entran en juego en la formación de las “lenguas criollas”. Si el capítulo de apertura de esta tercera parte se encarga de demostrar por qué la similitud de las lenguas pidgin y criollas no responde, como pretendía Derek Bickerton con sus *Roots of Language* (1981), a ningún código genético ni programa biológico alguno sino antes bien a “la génesis sociohistórica de los criollos y las estrategias cognitivo-interaccionales de resolución de los hablantes vinculadas con ellas” (169), los siguientes, sobre todo el octavo: “La máquina antropológica, los dispositivos de la lingüística y la (controvertida) excepcionalidad criolla”, exploran en contraparte una sintaxis particular: aquella que articula un *locus* de enunciación específico, esto es, “quién habla la historia de esa lengua” (193). Pregunta que, desde Derek Walcott o

Aimé Cesairé, por poner ejemplos conocidos, viene orbitando sobre la zona caribeña una operación de diferenciación cultural y política determinante. Por ello, la incorporación del Caribe al análisis mediante la presencia de algunos escritores de reconocida militancia criollista como Derek Walcott, Édouard Glissant, Kamau Brathwaite o Patrick Chamoiseau, entre los más nombrados, es un acierto que debe ser destacado, pues a través de sus trayectorias la mentada excepcionalidad cobra renovados perfiles. En este sentido, si la razón filológica occidental cimienta un origen desde el cual supuestamente se podría leer el árbol genealógico de la lengua, el agenciamiento –en el sentido deleuziano– criollo propuesto por estos autores destroza –y destrona– su antiguo reino. Como sintetizan Ennis y Pfänder: “El criollo no tiene familia –ni lingüística ni sociológicamente” (207). No tener “familia” significa, en ese contexto, una necesaria operación de reinención, que se nutre no solo de la ambivalencia –esa “especie media entre los aborígenes y los españoles” que preocupaba al Bolívar del Congreso de Angostura, y de cuyo seno Ennis y Pfänder extrajeron la cita que abre el libro–, sino también, y quizás sobre todo, de la reapropiación-desfiguración: hablar “en criollo” la lengua del amo, sería, según la propuesta del *Calibán* de Roberto Fernández Retamar, remodelar y readaptar la retórica de la dominación, incluso –y sobre todo– para mejor combatirla.

No quisiera finalizar esta apretada reseña sin referirme a dos puntos que merecen destacarse. El primero tiene que ver con la efectiva articulación de las “zonas” o problemáticas abordadas. No es mérito menor, en un libro que reúne trabajos previos, la cohesión interna, tanto temática como formal, pues si la mayor parte del texto había tenido versiones preliminares, esta última se erige con la potencia de la lograda unanimidad. Ambos autores se confunden con el objeto, y el lector finalmente confirma la sospecha de que *Lo criollo en cuestión*, a diferencia de otros libros compendiados, es el trazo final de una escritura y preocupación comunes que se viene desandando hace tiempo.

El otro punto a destacar es el amplio espectro de lecturas que los autores ponen en juego. Un modo posible –entre tantos, digamos– de percibir el recorrido conceptual que propone un texto consiste en pasar revista a su índice bibliográfico. A más de las fuentes, en este caso profusas y extensas, quien acometiera ese registro hallaría en *Lo criollo en cuestión* una prodigiosa y a la vez virtuosa combinación bibliográfica que va desde los clásicos de la crítica latinoamericana como Pedro Henríquez Ureña, Ángel Rama y Julio Ramos hasta historiadores y ensayistas cuya producción se expandió notoriamente en los últimos años, como Jorge Myers, Walter Mignolo, Elías Palti, Dardo Scavino, pasando por los clásicos de la crítica europea, Benjamin, Foucault, Bourdieu, Derrida, Deleuze, pero también Agamben, Williams, Didi-Huberman, junto a una extraordinaria saga de estudios del lenguaje como los de Iris Bachmann, José del Valle, Richard Bauman y Charles L. Briggs, Louis-Jean Calvet, Michel DeGraff, Joseph Errington, Claude Hagège y Belford Moré, entre tantos otros, combinación de la que se infiere no un mero hábito académico ni mucho menos un gesto erudito innecesario sino, por el contrario, el peculiar interés de los autores en la construcción de su objeto. Releer la tesis de Rama a la luz de las últimas reflexiones de Mignolo y Scavino, pasando por los aportes de Errington respecto de la lingüística colonial y las preguntas imprescindibles que a esa ciencia realizara años ha Calvet, por dar solo un figurado ejemplo –aunque no tan figurado, avanzado el libro se lee: “Así como Mignolo (2005) opone la invención al descubrimiento en la comprensión histórica del espacio americano, el estudioso de la lengua puede oponer al paradigma de la linealidad y el *homogeneism* (Blommaert y Verschueren 1998) la lógica de la interrupción, el *détour* y el contacto” (193-194)–, resulta una apuesta al menos ambiciosa. No sorprenderá, por lo tanto, que los títulos citados en ese índice evidencien una mirada glotopolítica. Tampoco lo hará, tal vez, que *Lo criollo en cuestión* ofrezca una evidencia mayor: que la glotopolítica no es en sí misma sino aquel

“negocio literario” del que hablara Miguel Antonio Caro en un largo pasaje citado de su alocución *Del uso en sus relaciones con el lenguaje*. A fin de cuentas, lo criollo no deja de ser una cuestión literaria.